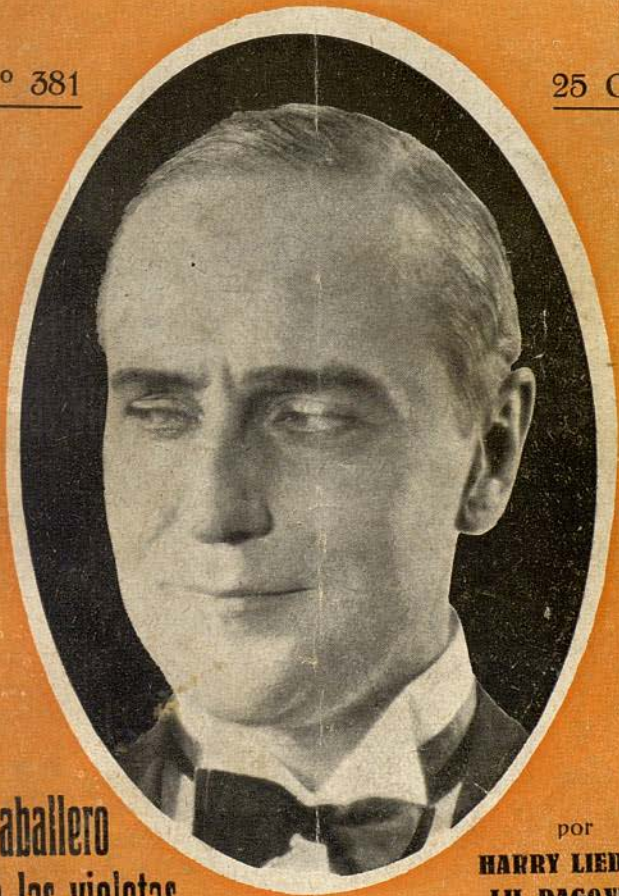


LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

N.º 381

25 Cts.

EB.



El caballero
de las violetas

por
HARRY LIETKE
LIL DAGOVER

FilmoTeca
de Catalunya



ZELNIK, Friedrich

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA
EDICIONES BISTAGNE

Redacción } PASAJE DE LA PAZ, 10 bis
Administración } Teléfono 18551

Año VII BARCELONA N.º 381

Der Veitchenfresser, 1926
EL CABALLERO DE LAS VIOLETAS

Adaptación cinematográfica de la
aplaudida comedia vienesa.

Intérpretes:

LIL DAGOVER y

HARRY LIEDTKE

Theodor

EXCLUSIVAS:

Cinematográfica ALMIRA

Rambla de Cataluña, 44

BARCELONA

Con esta novela se regala la fotografía de

EVA VON BERNE

*Screen series
Germany:*



El caballero de las violetas

Argumento de la Película

Rodolfo Goliztki acudía todas las noches a los lugares de alegría y esplendor, deseoso de iluminar la sórdida negrura de su alma. Era un hombre aventurero, que iba a la caza de alguna boda con alguna mujer rica para gozar de sus millones.

En tales andanzas y deseos le acompañaba su amiga Nely Faisy, una de las reinas del cabaret donde triunfaba por la estúpida frivolidad de su temperamento y por el papel moneda con que Rodolfo contribuía a sus caprichos.

Aquella noche habían ido como de costumbre a uno de los cabarets donde el jazz band y el charlestón alternaban en extraños gruñidos.

Unos concurrentes comentaron al verle:

—Chico, Rodolfo y Nely, son una pareja que se completa. Lo que a ella le sobra de pintura, a él le falta de vergüenza.

—Si le falta vergüenza, le sobran deudas—contestó otro— Dicen que anda buscando

una mujercita rica que lo redima en metálico y que para ello cuenta con la colaboración de su amiga Nely.

—Qué gentecilla, ¿no?

Interrumpió la conversación el griterío con que era acogido un caballero.

—¡Viva el caballero de las violetas!— dijeron muchas voces de mujer...

Y todas las miradas convergían hacia un joven que acababa de llegar y repartía violetas



Nely Daisy, una de las reinas del cabaret..

a las más bonitas muchachas del cabaret.

Era el comandante von Ronay que había conquistado el título de caballero de las violetas porque siempre fueron estas humildes florecillas, amigas del agua y de la soledad, la mejor ejecutoria de su culto a la belleza femenina.

Víctor, después de repartir sus amadas flores, acercóse a Nely para invitarla a bailar.

El militar había frecuentado los cabarets, y conocía de sobra a Nely, con la que en otro tiempo había sostenido un flirt. Hoy apenas le interesaba...

Víctor la invitó y dijo, galante, a la muchacha:

—Nely, la tierra está cansada de dar flores, como dijo el poeta, y yo de repartirlas. Necesito un poco de reposo, y mañana me marcho a buscarlo en la sierra. Y antes de irme quiero bailar con usted...

Ella se colgó de su brazo, y fué a bailar en la gran pista...

Rodolfo había sonreído... ¡Si Nely encontrara un hombre rico, como Rodolfo deseaba una mujer millonaria! ¡Sería un golpe doble!

—Es terrible el caballero de las violetas-comentó un grupo de concurrentes.—No hay mujer que se le resista.

Y como siempre, aquella noche fué de gran triunfo para Víctor... Ahora marcharía al campo... deseaba reposar... tal vez adquirir nuevos

ánimos para reanudar su elegante vida nocturna...

La fiesta prolongóse hasta el amanecer... Víctor se retiró, sonriente, aclamado...

* * *

Boby Sterzl, un muchacho tímido y algo tonto, usaba el automóvil para llegar cuanto antes a donde nunca tuvo nada que hacer... Era muy rico y jamás sintió una preocupación económica.

Aquella mañana fué a visitar a su amigo Víctor von Ronay...

Al descender del coche se ensució los zapatos con una capa de alquitrán que una brigada obrera extendía en el pavimento y fué dejando por todo el piso las negras huellas de sus tacones.

—Víctor-dijo a su amigo- he venido a darte una noticia que no sé si te alegrará... ¡He sido llamado a filas!

—¡Ya lo creo que me alegro!... ¡Menuda adquisición hace nuestro glorioso ejército!—dijo Víctor, irónico.

—Además de esa noticia militarista tengo

que comunicarte otra sentimental: estoy enamorado como un loco de Lily.

—¿Lily?

—No sé si tú la conoces. Una nena ideal, toda poesía, dulzura, un suspiro, un arroyo manso...

—¡Magnífico, chico! ¡Has encontrado una perla!

—Y como sé que estás bien documentado vine a que me pusieras en antecedentes de la forma más eficaz de decirle a una mujer que se la quiere. Yo amo a Lily y me parece que tampoco le desagradó... pero, ¿cómo atreverme a la declaración?

—¡Sencilísimo, hombre!—dijo Víctor, campechano—. Se empieza por darle los buenos días; luego, un ramo de flores con su lazo y en él un verso sentimental; después, un beso. Y, o te contesta con una bofetada, o te entrega el corazón.

—Gracias, chico. Cumpliré al pie de la letra tus instrucciones.

Se despidió de su amigo y, al marchar, llevóse, pegada por el alquitrán que llevaba en el zapato, una pequeña alfombra.

Boby se excusó y salió a la calle con el ánimo de declarar en breve, siguiendo las normas del profesor, su pasión por Lily, el arroyo manso...

Pero el arroyo manso de Boby se desbordaba con frecuencia...

Lily Nidegg, que hacía sus primeras armas

en el teatro, demostraba ya grandes condiciones para la tragedia.

Aquel día había discutido violentamente con sus doncellas, llegando a tirarles varios objetos a la cabeza porque no la habían atendido en sus pequeños deseos. No era tan mansa como parecía... También poseía su genio...

Allá lejos, en los alrededores de la ciudad, se alzaba la espléndida residencia de la familia Arthoff.

Melitta von Arthoff era la única heredera y superviviente de su ilustre y acaudalada casa.

Amparado en una antigua amistad que uniera a su familia con los Arthoff, Rodolfo Gollizki aspiraba a rehacer su fortuna casándose con Melitta.

Aquella misma mañana estuvo a visitarla.

—Melitta—le dijo—, ya sabe usted el objeto de mi visita. Insistir una vez más en lo que constituye la más bella ilusión de mi vida.

Ella sonrió, mirándole con desdén.

—Le consta que no amor, sino adoración es lo que siento por usted, y me consideraría el hombre más feliz de la tierra uniendo su destino al mío—agregó Rodolfo, a quien emocionaban los millones de la bella heredera.

Melitta contestó irónica, mordaz:

—Podiera poner en duda que me tuviese amor. Pero estoy cierta de que aspira a casarse conmigo...

—Si estoy dispuesto a casarme es que mi amor es verdadero,

—Mire, Rodolfo. Si usted fuera un hombre rico y yo una muchacha pobre no habría quien lo dudase. Pero yo soy rica y usted está arruinado.

—Señorita, es que yo...

—Vamos, no se burle. Usted necesita dinero, lo comprendo. Vaya a llamar a otra puerta. Esta, amiga Rodolfo, está definitivamente cerrada para usted...

Rodolfo tuvo que callar y abandonó la casa con el amargor de la derrota. ¿Es que le sería imposible encontrar la mujer rica que necesitaba a toda costa? Y aquella Melitta estaba tan hecha a la medida... y era algo tan adorable, tan bello... ella y sus millones...

* * *

Melitta, después de haber "calabaceado" a Rodolfo Golizki, fué a oxigenarse a la sierra.

Y una mañana que andaba a caza de paisajes dignos de ser fotografiados, al hallarse en la cumbre de un monte, se le fué de las manos la máquina de retratar, que vino a caer a los pies de un joven que, vestido de alpinista, descansaba tranquilamente...

El alpinista era el propio comandante Víctor von Ronay. Melitta no le conocía, y al verle con aquel traje de montaña, creyó que era un guía y le gritó desde la altura:

—¡Oiga, guía! Haga el favor de subir mi aparato.

Sonrió Víctor al oírse llamar guía, y como nunca dejaba la ocasión de hablar con una mujer, corrió hacia ella y le devolvió la máquina. Melitta, sonriente, le entregó un marco como gratificación.

Víctor rió, contento de la aventura. ¡Era graciosa la confusión! Sin darse a conocer, dijo:

—Muchas gracias, señorita, por la propina. Y si quiere la acompañaré a un refugio que hay aquí cerca. No le cobraré nada por este servicio.

—Acepto... Con el ejercicio se me ha abierto un hambre feroz ¿No habrá nada para comer?

—Ya veremos...

Anduvieron largo trecho hasta llegar ante una pequeña cabaña. Víctor contemplaba alegremente a la muchacha. Era guapa esta criatura e interesante.

Entraron en la cabaña, pero allí sólo había un poco de pan... y el hambre de la joven era mucha.

Y Víctor von Ronay, que se hallaba encantado de que la bella desconocida le hubiese tomado por guía, se propuso, galantemente, ampliar el menú de la huésped del refugio.

—Aguarde aquí—le dijo—. Voy a ver si encuentro algo sabroso.

Y salió en busca de comida...

Por un sendero encontró un pastor, a quien compró una cabra que llevaba. Cogió el animal

y emprendió el camino del refugio. La cabrita se negaba a obedecerle y él le dijo, riendo:

—¡Te advierto que no tendrás más remedio que seguirme! Aunque me veas así vestido soy, nada menos, que comandante.

Mientras tanto, Rodolfo Golizki no se había dado por vencido y, en persecución de Melitta, ascendió también a la montaña.

Y rondaba por las cumbres de la sierra...

Víctor llegó ante el refugio y comenzó a ordeñar la cabra para preparar en un cazo buena leche para la fatigada viajera.

Melitta apareció en la puerta y sonrió complacida al ver la generosidad del buen mozo.

Después de beber la fresca leche le dijo al supuesto guía, pues se sentía bastante fatigada:

—Voy a dormir un poco, hasta que se baje un poco el sol. ¡Qué bonito y qué vistas tiene este albergue por fuera!

—A mí, desde luego, me gusta más por dentro—dijo Víctor, malicioso.

Ella pareció no comprender la alusión y se encerró en el refugio.

Víctor era en todos los actos de su vida un perfecto caballero. Esperaría allá fuera, sin osar turbar el reposo de la joven.

De pronto, apareció ante él la figura, algo repulsiva, de Rodolfo Golitzki, que había descubierto a Víctor hablando poco antes con Melitta. Los celos le mordieron el corazón. Pero no quiso descubrirse.

Con intención, le dijo:

—¡Salud, amigo Víctor! ¡Ya veo que disfruta plenamente de la vida montañesa!

—¡Y usted también!

—Sin embargo, le confieso que a mí me resulta un poco aburrida. Todo es paisaje, siempre paisaje...

—A mí no me desagrada tanto el paisaje como el paisanaje—contestó Víctor con ironía.

Rodolfo adelantó para penetrar en el refugio, deseoso de conocer por qué motivo estaba allí Melitta; pero Víctor le detuvo, diciendo:

—En el albergue no se puede entrar. Hay un niño con tifus.



...sonrió complacida al ver la generosidad del buen mozo.

El rival alejóse con calma y, disimulando el feroz odio que le inundaba el alma, le dijo:

—Bien... bien... Adiós, Víctor. ¡Y que se alivie la *criaturita!*

Demasiado sabía él que estaba allí Melitta, la mujer cuyo dinero codiciaba...

Un rato más tarde, Víctor decidió abandonar el refugio. Allí estaba ya de más. La muchacha debería descansar tranquilamente. El ya era innecesario.

Y volvió a su hotel de la sierra, contento como nunca, sintiéndose el alma inundada por el recuerdo de la bella mujer...

* * *

Pasaron unas semanas...

Oreado su espíritu por los salutíferos aires de la sierra, el comandante Víctor von Ronay se reintegró al cumplimiento de sus deberes militares y mundanos en la espléndida Viena.

Aquella noche se celebraba una aristocrática fiesta de beneficencia y Víctor no se olvidó de comprar sus ramos de violetas a una vendedora de la que era cliente...

Entretanto, Bobby, sabiendo que era aguardado con impaciencia, luchaba desesperadamente para abreviar su tocado.

Mientras se arreglaba se le cayó al suelo el gemelo de la camisa y comenzó a buscarlo inútilmente.

Bobby era bastante corto de vista y en aquel momento, habiendo puesto las gafas sobre su frente, no había modo de que lograra encontrar el gemelo, ni veía apenas nada.

Bobby, aunque era corto..., también de inteligencia, a veces tenía ideas grandes. Se descalzó y comenzó a pisar el pavimento hasta sentir un pinchazo en el pie. Era el gemelo, que se le había clavado en la carne. Por el tacto lo había descubierto...

Luego buscó las gafas. No las hallaba. Preguntó a un criado.

El sirviente, bondadoso, le señaló que las llevaba en la frente. ¡Ay, qué cabeza!

Ya vestido de etiqueta, Bobby se dispuso a ir al baile. Seguía en todo el camino que le había trazado Víctor para conquistar el amor de la dulce Lily.

En el ramo de flores llevaba una cinta con este verso:

*Ya te di los buenos días;
Ahora te entrego las flores.
Espera mañana un beso
que selle nuestros amores.*

Y se dirigió ufano a la fiesta.

La concurrencia era numerosa.

Había llegado también allí el comandante Víctor...

En otro grupo estaban Rodolfo y su cómplice Nely. Más lejos se encontraba Melitta, la codiciada presa de Rodolfo.

—Esa mujer es la que puede redimirnos—

dijo Rodolfo a su amiga—. Sé que el comandante estuvo con ella en la sierra. Procura entretener a Víctor mientras yo hablo con la rica heredera.

—Bien, Rodolfo.

El caballero de las violetas continuaba haciendo honor a su brillante ejecutoria, pues repartía lindas flores a las damas que encontraba en su camino.

Nely se acercó a él y le dijo, insinuante y suave:

—Al fin, ha vuelto usted de la sierra. Había quien le esperaba impaciente.

Víctor se echó a reír, indiferente. Desde que había conocido a la muchacha de la granja no le interesaba ninguna mujer.

—Desde hace tiempo parece que usted me huye, Víctor... ¡Antes no era usted así conmigo!...

—Los tiempos cambian, Nely. Tampoco es usted la misma de entonces—le replicó él con severidad.

—No crea que mi amistad con Rodolfo sea irrompible y duradera. La acepté para desquitarme de su alejamiento.

—Pues consérvela si no quiere quedarse sola. Yo, cuando una vez me alejo, es para no volver...

Y, saludándola con cierta frialdad, se alejó de ella, dejando a Nely desesperada.

Boby había dejado en una ventana del jardín el hermoso ramo de flores mientras se decía:

—Ofreceré a Lily este ramo esta noche y si se presenta ocasión puede que también me lance al beso...

Luego fué a pasear por el jardín con la esperanza de ver cuanto antes a su tormento.

Lily hablaba entretanto con unas amigas.

—Tengo la esperanza de que esta noche Boby me dirá que me quiere—dijo—. Hace tres meses que estoy esperando su declaración.

El tímido Boby, al ver a Lily, se dispuso a ofrecerle unas copitas y al pretender llevárselas tropezó y cayó en tierra, rompiéndose las gafas.

—¡Se me han roto las vidrieras y lo veo todo muy turbio!—gritó melancólico.

Rodolfo, que había salido al jardín, se interesó por el joven. Este llamó a un criado, rogándole fuera en automóvil a su casa a buscar unas gafas de repuesto.

Más tarde, Boby fué al encuentro de Lily y ambos se sentaron en uno de los bancos del jardín.

—Lily, tengo que decir a usted algo muy importante. Pero lo dejaremos para cuando vea más claro...

Y se alejó de ella, mientras Lily rabiaba por una declaración que no había modo de que llegase...

Por fin el criado trajo las gafas de repuesto y Boby volvió al lado de su adorada.

En el jardín, el comandante Víctor von Ronay acababa de ver a Melitta.

La sorpresa de ambos jóvenes fué indes-

criptible. El, por ver a la dulce muchachita de sus sueños, Melitta porque nunca sospechó que el humilde guía alpino fuera un militar.

—No crea usted que soy el guía disfrazado de comandante — le dijo, él, sonriente—. Fué el comandante el que se disfrazó de guía...

Victor, siempre ávido de regalar flores a las mujeres, se dió cuenta de que no llevaba ninguna, pero advirtiendo en una ventana un ramo — el que Bob había dejado allí — lo cogió y se lo llevó a Melitta.

Ella riendo dijo:

—Veo que el comandante es tan galante como el guía. Ahora no le doy propina... Conténtese con las gracias...

Los dos se perdieron por el jardín hablando de su pasado encuentro y de aquella fiesta que les volvía a unir...

Mientras, sentado en otro banco, Bobby había vuelto al lado de su Lily.

Bobby no se atrevía todavía a declararse... y esperaba... pero ella que se moría por el mozo, le dijo sonriente y señalando una estatua que se levantaba allí cerca:

—Bobby, ¿qué representa esa escultura?

Contento de poder demostrar su cultura, Bobby respondió:

—El rapto de la Sabina, una famosa obra de arte cuyo original se conserva en Florencia...

La joven suspiró y acercándose más a Bobby hasta casi rozarle los labios con los suyos, que

parecían decir: bésame, dijo:

—En tiempo de las Sabinas los hombres eran sabios. Les gustaba una mujer por la mañana y al mediodía ya la habían raptado...

—Pero es que entonces no existía el Código Penal — contestó Bobby, tembloroso—. Hoy el raptor de una señorita más o menos Sabina, va derecho a la cárcel.

Siguieron hablando... De pronto pasaron unos jóvenes y sonrieron a Lily... Bobby pareció demostrar celos y se puso de mal humor.

—No sea usted celoso — le dijo luego Lily. — La mujer no peligra entre muchos adoradores, sino al lado de uno solo.

—¿Y quién es para usted el uno solo?...

Lily casi le abrazaba... y sus labios le rozaban con su aliento... Pero el muy tonto de Bobby no se atrevía a besar...

Se levantó y dijo turbado:

—Vamos por tiempos... Primero las flores... Oiga, Lily, espéreme un momento... Vuelvo con una cosa...

Quería seguir al pie de la letra el consejo de su amigo. Primero, las flores, luego, besos... y no quería invertir los términos...

Su sorpresa fué grande al ver que el ramo había desaparecido. ¡Dios, Dios, qué conflicto! ¿Dónde podía estar?

Y olvidándose de que Lily esperaba comenzó a indagar con profunda desesperación.

El comandante Víctor y Melitta, después de un largo paseo por el jardín en que se dijeron

ternuras y suavidades de amantes, volvieron al salón, radiante de luces e invitados.

Rodolfo les contemplaba con rabia...

Los dos jóvenes estaban ante una mesita... Víctor, distraído cogió un abanico de plumas que estaba sobre la mesa y comenzó a arrancarlas... una a una...

Cada vez más enamorado de la dama de la montaña, creía deshojar entre sus dedos una blanca margarita.

—Sí... no... sí... no...—dijo.—¡Sí! ¡Terminó en sí! — dijo, sonriente y mostrando la última pluma a Melitta.

—¿Qué ha hecho? — contestó ella, deliciosamente turbada—. ¡Ha destrozado un abanico!

—¡Qué necio!—dijo él.—Pero perdone... Esto se arregla en seguida...

Y viendo pasar a una voluminosa señora que llevaba un vestido de plumas, con toda cautela fué a su encuentro y le arrancó un buen puñado de ellas.

Formó una especie de abanico y se lo entregó a Melitta.

—¿Qué ha hecho usted? — dijo ella tomando aquel extraño regalo.

—Desplumar a un ganso para vestir a una paloma — contestó, galante.

—¡Oh, oh! — dijo Melitta riendo —. El abanico que usted ha roto no era mío. Debieron dejarlo olvidado aquí...

Victor se inclinó, sonriente...

Melitta se separó de su amigo para ir a saludar a unas damas...

El comandante marchó al jardín y Bobby a verle, le dijo:

—¿Has visto un ramo de flores que dejé sobre esa ventana?

—¡Sí!... ¡Chico, perdona! Ignoraba que era tuyo y se lo he entregado a una bella dama que conocí en la sierra...

—Lo siento por el verso... Era una declaración con arreglo a tus instrucciones. Escucha y admírate:

*Ya te di los buenos días;
Ahora te entrego las flores.
Espera mañana un beso
que selle nuestros amores.*

—¿Esto decía? ¡Buena la hemos hecho!... ¡Voy corriendo en busca de unas tijeras!

Alcanzó unas y acercóse a Melitta para invitarla a bailar... ¡Lo que iba a pensar la bella mujer si leía aquellos malos y estúpidos versos!

Melitta, que se había enamorado de Víctor, bailó con él llevando apoyado contra el pecho el ramo de flores.

Con el mayor disimulo, el militar cortó el lazo y se lo guardó en un bolsillo. ¡Gracias a Dios! Si ella llega a leerlo!

Bobby había vuelto al jardín y le decía a Lily, que estaba furiosa por su absurda actitud:

—¡Soy muy desgraciado, Lily!... Me pro-

metía revelarle esta noche una cosa de gran interés, pero he perdido lo más importante... el lazo.

—Usted siempre pierde las cosas... — le dijo violentamente.

Y se alejó, furiosa por la torpeza del muchacho. ¿Es que ella no le había dicho con sus insinuaciones que le quería? ¡Corto de vista!

Estaba ya muy avanzada la noche.

Después de bailar, Melitta se despidió de su amigo el comandante Víctor, pues deseaba regresar a su casa.

—¿Se marcha usted? ¿Quiere que la acompañe? — dijo el militar.

—¡Gracias, señor Ronay!... En la ciudad no necesito guías.

Y él le besó la mano, con amorosa emoción.

Lily había partido también dejando a Bobby en la mayor de las desesperaciones.

El comandante le entregó el lazo... En último extremo podía servirle para ahorcarse...

Habían ya marchado muchos invitados... y sólo quedaban los que gustaban de trasnochar.

Bobby estaba exaltado.

—Yo que me tenía por un pillín — dijo —, acabaré por convencerme de que soy un idiota de cuerpo entero...

—¡Hombre... no tanto! — le dijo Víctor, sonriente.

Estaban en el jardín.

Una dama acercóse a Víctor y le habló.

—Ahora que hemos quedado los justos es

preciso divertirse en gran escala.

Víctor hizo un signo de cansancio... ¡No, señora!... ¡El ya no tenía deseos de diversión!

Rodolfo, que en toda la noche no había perdido de vista a Víctor, viéndole siempre con Melitta, se acercó a él y le dijo:

—¡Muy bien, Víctor!... Veo que ni en la montaña ni en la ciudad pierde usted el tiempo.

Y matizó sus palabras con una perversa ironía...

—¡No entiendo, señor!...

—Lo mismo le da esta sombra propicia de los árboles que el rústico escondite de un albergue alpino...



...bailó con él...

Victor comprendió perfectamente la intención y su mano airada abofeteó al miserable.

—¡Canalla! — le gritó.

Acudió gente, separando a los contendientes... Rodolfo, tremante de odio, dijo:

—Espero me dé una satisfacción de su insulto.

—¡No se la he de negar! — contestó airado el comandante...

Y por la fiesta pasó un hálito de tragedia...

* * *

Al día siguiente Boby se presentó en el cuartel para ingresar en el servicio militar.

—¿Es usted el soldado de cuota Boby Sterzl? — le preguntó el capitán.

—¡Sí, señor!...

Y distraído se abalanzó sobre la mesa en que escribía su superior y derramó un tintero por el blanco pantalón del jefe.

—¡Idiota!—gritó el capitán.—¡Mire cómo me ha puesto el pantalón!

—El género blanco para pantalones dió siempre muy mal resultado, mi capitán...

—¡Imbécil!... ¡Vaya... vaya a que le tomen la filiación!

Después de efectuado este requisito, Boby se reunió con otros compañeros. Y bajo los me-

jores auspicios comenzó su instrucción militar aunque ya tenía una *mancha* sobre su conciencia.

—¡Veamos! — le dijo el oficial—. ¿Con qué debe lavarse un recluta consciente de sus deberes militares?

—Con la mano.

—Eso es una necedad. Pregunto qué es lo que el recluta debe usar cuando se lava.

—¡Agua!

—¡Imbécil! ¡Usted no se ha visto nunca con el agua al cuello!

—¡No, señor! He disfrutado siempre de buena posición.

—Me tiene sin cuidado la posición de usted. Aquí todos somos iguales y usted más torpe que ninguno.

—¿Yo?

—¡Sí... usted!... Esto es para que le estalle a uno la cabeza.

—¡Cuidado, mi capitán!—dijo el bobo de Boby temiendo el estallido.

Y así siguió haciendo oposiciones al pelotón de los torpes.

A aquella misma hora se verificaba el encuentro entre Víctor von Ronay y Rodolfo Golitzki.

Victor hirió levemente en la cabeza a su adversario.

Al marcharse, el militar dijo a uno de sus testigos:

—No quise hacerle más daño. Basta con que se acuerde de mí mientras viva...

Llamado por sus superiores, el comandante Víctor tuvo que presentarse en el cuartel aquella misma tarde.

Boby le vió pasar y apartándose del grupo de soldados, fué a su encuentro y le estrechó cariñosamente la mano.

—¡Hola, querido Víctor! ¡No sabes cuánto me alegro de que hayas venido a verme!

Víctor le miró con cierta severidad.

—Olvidas, Boby—le dijo,—que en los actos del servicio no soy más que el comandante Ronay...

Boby se excusó. Metía la pata a cada momento.

Víctor se presentó en el despacho del coronel y éste le dijo:

—Estoy enterado de su desafío y le felicito por el duelo. Pero las ordenanzas me obligan a imponerle seis semanas de arresto.

Víctor se inclinó. Acataba la disciplina. Era buen soldado.

Y fué a constituirse arrestado en uno de los calabozos de las estancias del cuartel.

* * *

En el teatro de Arte se daba aquella noche una representación de "Romeo y Julieta", en la que Lily desempeñaba el papel de la enamorada doncella de Verona.

Después de cumplidos concienzudamente sus

deberes militares de aquel día, Boby asistía a la representación para admirar y aplaudir el talento de su Julieta.

Mas para él aquella representación fué un suplicio... Lily hacía a lo vivo su papel de ena-suplicio... Lily hacía a lo vivo su papel de ena-pasión por Romeo.

Boby se revolvió en su asiento, indignado, y sin poder contener ya más sus celos, escribió esta cartita:



—*He disfrutado siempre de buena posición,*

Encantadora señorita Lily: Me parece que la escenita del beso la ha prolongado usted demasiado. Me vuelvo al cuartel con el corazón deshecho. Si algo le interesa, vaya mañana a verme. Apasionadamente, Bobby.

Y salió maldiciendo al sexo débil.

Al día siguiente, Víctor, aunque no lo pasaba mal en su encierro, le dijo a su asistente:

—¡Necesito un caballo! ¡Tengo que salir!

—Me permito recordarle, mi comandante, que estamos aquí en calidad de prisioneros.

—¡Tráete un caballo! ¡Lo quiero!

Salió el ordenanza y Víctor paseó nervioso por la habitación. Quería ver a Melitta, necesitaba saber de ella. ¡Estaba tan perdidamente enamorado!

Lily no dejó de ir a la cita que le diera Bobby aunque para ello tuvo que recorrer los treinta kilómetros que separaban aquel cuartel de la ciudad. Su motocicleta la condujo rápidamente.

Bobby le dijo con ternura:

—La he hecho venir aquí para decirle una cosa muy importante. Pero, la verdad, no me atrevo. Como no sea por medio del lazo...

Y le mostró la cinta con aquel famoso verso.

Ella se echó a reír, alegre, insinuante...

—Me parece—dijo—que ha llegado la hora de los sellos...

El asistente había estado buscando un caballo sin encontrarlo. Vió la motocicleta y tuvo una inspiración. Tal vez aquello le iría bien a su

jefe.

Volvió al lado de Víctor y le dijo:

—Mi comandante, no he podido encontrar un caballo suelto. Si le sirven cinco unidos, asímese y véalos.

Víctor los vió y le pareció excelente la motocicleta. Dando la vuelta por el cuartel, llegó junto al vehículo. Vió a lo lejos a Bobby y a Lily.

Y subió a la moto, emprendiendo rápida marcha hacia la ciudad.

Llegó ante la casa de Melitta, después de haber comprado unas flores. Víctor, como militar de brillante hoja de servicios, no retrocedía ante la necesidad de asaltar una fortaleza. Y se encaramó por la ventana, entrando en una salita.

Dejó sobre una mesa el ramo de flores. Su propósito era sólo dejar a Melitta aquella especie de tarjeta que para él significaban las violetas, pero escuchando pasos, tuvo que ocultarse tras una cortina.

Melitta entró en la estancia, y al ver las violetas, sorprendida, las acarició contra su pecho.

El militar, ante aquel gesto de amor, no pudo reprimir su alegría y salió de su escondite.

—¡Víctor!—exclamó ella al verle.

—¡Melitta!

El pretendió abrazarla, pero Melitta le esquivó, ruborosa.

—Si acariciaste las violetas sabiendo que eran mías no está bien que resistas a mi amor.

—Pero si yo no resisto...

—Descúbreme tus sentimientos. ¿Quién soy yo para ti, Melitta?

—¡Eres mi caballero... de las violetas!

Y se besaron. Hablaron mucho, haciendo planes para el porvenir. De pronto, dijo él:

—¡Caramba! ¡Se me olvidaba que tengo que regresar a mi prisión!

—¿Te han arrestado?

—Por haberle hecho una pequeña sangría al señor Golitzki.

—¿Te has batido por mí?—preguntó ella, admirada, recordando que aquellos dos hombres eran rivales.

—¡Sí, es la primera vez que me he batido por algo que valía la pena!

Se despidieron hasta pronto. Esta vez Víctor ya no salió por la ventana, sino por la puerta... ¿No era un verdadero novio?

Allá en el cuartel Lily había descubierto la desaparición de la motocicleta. Y como no podía vivir sin ella, tuvo que comprar otra nueva al regresar a la ciudad.

Cuando llegaba a su casa con el flamante vehículo vió al asistente de Víctor que llegaba con la moto desaparecida, excusándose en nombre del comandante por haber utilizado su vehículo sin permiso.

Momentos después llegó Bobby con otra moto.

Pasó un mes. Se había levantado ya el arresto de Víctor.

El comandante iba a casarse al día siguiente con la bella Melitta.

Para desbaratar este matrimonio, Rodolfo Golitzki tenía en Nely un poderoso auxiliar.

—Hay que utilizar medios extremos para impedir esa boda anunciada para mañana—le dijo—. De lo contrario, nuestra ruina es segura.

—¿Y qué piensas hacer?

—Tengo un plan para cuya realización cuento con tu ayuda y que pondremos en práctica esta misma noche. Voy a ver a Víctor Ronay.

Y una hora después, Golitzki se presentó en casa del comandante. Iba aún con la frente vendada y dijo a su adversario:

—No extrañe mi visita. Vengo a confesarme culpable de lo que sucedió y a expresarle mi deseo de continuar contándose en el número de sus amigos.

Víctor no era rencoroso y aceptó la reconciliación. Tendió la mano a su enemigo.

Aprovechando un momento de distracción, Rodolfo se apoderó, al salir, de la llave de la casa del comandante. ¡No había perdido el tiempo!

Mientras tanto, Melitta probaba sus galas nupciales para el siguiente día. ¡Qué feliz se sentía!

Rodolfo volvió a casa de Nely y desde allí telefonó al palacio de Melitta, procurando difrazar el tono de su voz.

—¡Señora!—la dijo—. El comandante von Ronay cayó del caballo que montaba y ha sido conducido herido a su casa.

Horrorizada por aquella noticia, Melitta respondió:

—¡Pobre Víctor! ¡Voy corriendo allá!

Rodolfo dejó el aparato y sonrió terriblemente.

—Ahora te toca a ti—le dijo a Nely—. Vete a casa de Víctor. Ya conoces mi plan...

Y le dió la llave...

Nely se dirigió al domicilio del militar ¡En qué compromiso se vería éste cuando Melitta le encontrara con ella! ¡Adiós, boda!

Utilizando la llave robada, Nely entró en la casa y se dirigió al despacho donde Víctor rompía las cartas de su pasado turbulento de soltero.

—¿Cómo se atreve usted a venir aquí a tales horas?—le dijo con la más viva sorpresa.

—El amor no retrocede ante nada...—respondió, lánguida.

—Le ruego que se marche. No debe ignorar que mañana me caso.

Pero ella se acercó más y más y le dijo:

—En vano buscarás, Víctor, la felicidad en el amor de otras mujeres. Yo sola puedo dártela, porque yo sola sé quererte como te mereces.

—Le agradeceré que me deje y abandone esta casa cuanto antes—gritó Víctor, indignado.

Melitta acababa de llegar. Estaba pálida, temblorosa. ¡Su pobre Víctor! El criado, que sabía que estaba con otra mujer, quiso impedirle la entrada; pero Melitta llegó al despacho

como una exhalación.

Nely, al verla, sonrió triunfalmente. Y se abrazó a Víctor.

—¡Dios mío!—gritó la pobre mujercita engañada.

Víctor rechazó aquellos abrazos y contempló con desesperación a su novia. ¿Qué pensaría?

Nely, riendo, dijo a Melitta:

—¡No lo tome tan a pecho! Los hombres son inconstantes,

Y se alejó, contenta del éxito de su malvado plan.

Víctor quiso explicar, excusarse de la infame celada, pero ella le rechazó diciendo:

—Deja vanas disculpas. Lo que he visto es demasiado elocuente. ¡Adiós!

Y sin querer escucharle partió dejando a Víctor en una desesperación cruel.

Algo más tarde los compañeros de Víctor acudieron a su casa para darle una serenata como despedida de su vida de soltero.

El les dejó entrever a medias su disgusto y sus amigos se retiraron.

Víctor fué comprendiendo lentamente que había sido víctima de un infame ardid. Cogió un automóvil y se dirigió a casa de Nely.

Entró furioso, violento.

—Me consta—le gritó a ella que le miraba horrorizada—que su presencia en mi casa no ha obedecido a un amor que no existe. ¡Alguien la

instigó para que fuera y es preciso que me revele su nombre!

Ella se negaba, pero Víctor rodeóle con sus manos la garganta y la hubiera ahogado de no confesar su nombre.

—¡ Ah, Golitzki! ¡ No podía ser otro! rugió el militar.

Marchó, dispuesto a buscar a aquel hombre aunque fuera en el fondo de la tierra. Y quiso el destino que lo encontrase en el momento de salir, pues Rodolfo iba a saborear con Nel'v el triunfo de sus planes.

Cogiéndolo brutalmente lo llevó a su automóvil y lo condujo a casa de Melitta, a pesar de su resistencia.

Esta, al ver entrar a los dos hombres, se estremeció. ¿Qué querían?

¿Por qué venían a turbar su inmensa pena?

—¡ Confiesa la verdad, canalla!—gritó Víctor obligando a Rodolfo a caer a los pies de la dama.

Y el miserable, ante el temor de una nueva bala del militar, habló, vencido.

—¡ Obligué a Nel'v a hacer lo que hizo a fin de provocar un rompimiento y que la boda no se celebrara!

Melitta se hizo perdonar y se realizó la boda...

Y unos meses después Lily y Boby les imitaron.